

CARLOS MARIA FOSALBA

Muchas veces hemos comenzado esta semblanza de Carlos María Fosalba. A las pocas líneas la hemos abandonado. Y eso en distintas oportunidades: con ocasión de su muerte; al mes de haberse producido; en la conmemoración que le hicieron sus amigos al cumplirse seis meses. Siempre hemos encontrado una insuperable resistencia de la forma. No nos ha sido posible traducir en palabras la profunda conturbación de nuestro espíritu, experimentada cuando nos dejó definitivamente. Eso hasta ahora. Quizá lo sea por siempre. Sentimos la necesidad de otras palabras que las habituales para expresarnos; altas y nuevas palabras que recibieran por primera vez el baño lustral de la emoción que expresan, fueran el recipiente exquisito de nuestra desgarramiento y luego se rompieran en fragmentos imponderables sobre su recuerdo doloroso, inhabilitándose voluntariamente para ser vehículo de otra emoción que la nuestra y servir de ofrendas a otro recuerdo que el suyo.

Un aspecto profundo, constante, nos ligó durante más de 25 años, fortalecido sobre nuestras discrepancias ideológicas durante mucho tiempo, consolidado luego sobre nuestras esperanzas comunes cuando nos reecontramos en el mismo camino para la lucha por la justicia; hecho fe en la apreciación de sus valores morales a través de los que se manifestaba el oro fino de su espíritu protagonizando un arquetipo de hombre superior. Es muy poco decir que Fosalba fué el mejor de todos nosotros. Tenía una maravillosa capacidad de superación que lo transformaba automáticamente en el mejor de todos, cualesquiera lo rodearan y donde escogiera su teatro de acción. Fué siempre el mejor

en una jerarquía que establecía sin proponérselo y que aceptábamos llanamente, con la naturalidad de un hecho evidente. Alguien pudo no quererlo: los deshonestos alcanzados por el látigo implacable de su sentido de la justicia, pero nadie, absolutamente nadie, pudo dejar de sentir la acción de presencia de su espíritu de excepción.

—((o))—

Había una curiosa disonancia entre su físico y su espíritu. Aquél, sobre todo su rostro, dejaba adivinar la poderosa energía de éste. Se lo presentía, diríamos que se le constataba como



quien mira a través de un cristal fino y frágil. Porque su físico era eso: un cristal fino y frágil, dolorosamente inapto frente a la vida. Fué esa su tragedia y la nuestra. Muchas veces, en las noches de nuestra juventud en que el nuevo día se encendía sobre el filo de nuestras discrepancias ásperas, sólo coincidíamos en una cosa, homenaje fraterno y solícito al mejor de nosotros: en que Carlos María nos abandonara temprano, para no correr las asechanzas de una trashedada. Cualquier leve enfermedad lo consumía. Entonces, sus ojos profundos, bajo la lividez del arco noble de su frente, ad-

quirían una fulguración especial, como si en ellos ardiera todo su espíritu que, como un naufrago sobre una playa lejana, señalaba su maravillosa acción de presencia sobre la miseria de su físico sin capacidad para vivir.

Y él se iba, abandonando la tertulia amiga, comprensivo de su propia debilidad. Sentía gozo por aquel homenaje de la amistad. Se iba sonriendo, con aquella sonrisa velada en la que se acunaba yo no sé qué de bueno, de irresistiblemente bueno; algo de niño al que han impedido gozar la emoción de su primera trashedada. Una vez, desde la puerta del café, nos gritó: "Adiós, mamá", revancha de nuestra insistencia impertinente. Pero siempre se iba.

—((o))—

Tenía una profunda apatencia de vida, de vida plena. Estuvimos muy cerca de su espíritu; conocimos sus ambiciones nobles; participamos de sus triunfos y, a veces, fuimos los depositarios de sus confidencias. Sólo algunas cosas se reservó para sí pudorosamente, guardadas en su íntimo recinto. Y para que nuestra comunión con él fuera completa, una extraña alternativa de la vida nos hizo conocer su secreto, un secreto sencillo e idealizado por su generosidad. Nada más que por su generosidad, lo que afortunadamente no supo.

Cuando tocamos por última vez su frente fría, noble y pálida frente que ya nunca más se contraería en surcos profundos en esfuerzo creador, nuestra voz sin palabras decía cosas de niño. Sólo esas palabras inocentes y limpias de los niños, pueden penetrar en las sombras. Sobre el cuerpo yacente del mejor de nosotros, centenares de hombres lloraron una congoja infinita.

A. J. DUBRA.